

"CUANDO UN HIJO NOS HABLA DE DIOS"

Henri de Lubac

Hace cuatrocientos años, S. Pedro Canisio compuso la serie de catecismos que han ilustrado y alimentado la fe de pueblos y generaciones enteras. Hoy es un hijo de la reforma calvinista quien nos ofrece un Catecismo, (MAX THURIAN, hermano de Taizé: "Amour et Verité se recontrent, simple exposé de la foi chretienne." Les Presses de Taizé, Saône et Loire, France, 1964), que a pesar de ostentar claramente la impronta de su origen, puede, por más de un capítulo ser visto por los católicos como un buen libro del que se puede sacar partido.

MAX THURIAN, Sub-Prior de Taizé, ha triunfado en eso que nos vemos tentados de calificar como "tour de force", llamémosle paradoja, que seguramente hubiera extrañado a nuestros padres. Desde luego, si ha llegado a tener éxito es porque su intención coincidía con un amplio movimiento en el que reconocemos el eficaz designio del Espíritu de Dios sobre nuestra época. Lue-

go, porque al realizarlo no ha querido recurrir al rebuscamiento; huye de todo artificio de redacción que parezca sortear las dificultades de la empresa, o echar un borrón sobre los puntos delicados, buscando un vano conformismo. Al dirigirse simultáneamente a los cristianos de toda confesión y a todos aquellos que aman la luz, supuesta la buena voluntad en todos, no ha tenido que poner sordina a la sencillez de la paloma, o esconderla tras la astucia de la serpiente.

La exposición doctrinal es sobria y precisa, aunque sin carácter técnico. Es firme sin sequedad: como ya desde el mismo encabezado se deja adivinar, van siempre paralelos el afán de vida espiritual y el afán de la verdad.

Se siente uno llevado por esa atmósfera de radiante y serena objetividad que sabe poner en todo lo que viene de Taizé y en todo lo que sale de las prensas de Taizé su Prior Roger Schutz.

El plan de la obra es muy sencillo. Comprende tres partes, integrada cada una por cuatro capítulos.

En primer lugar: la Verdad; después de algunas nociones escriturísticas, la Iglesia, la Tradición y la Fe, viene un comentario, artículo por artículo, del Símbolo de los Apóstoles.

**A TRAVES
DE LA
IGLESIA**

HERMANO DE TAIZE "LA FE CRISTIANA"

(Artículo aparecido en el diario católico LA CROIX, domingo 9 de Agosto de 1964).

En segundo término, nos muestra el Camino, que consiste en la Gracia divina, los Sacramentos y la Oración. Fruto de todo ello es la Vida que se abre en cada cristiano por la fe, la esperanza y la caridad, y se manifiesta en las virtudes evangélicas. Todo lo cual se comprendía en Jesucristo que es El Camino, La Verdad y la Vida.

Digámoslo ya desde ahora. "Amor y Verdad" no se presenta al público como un manualito de instrucción religiosa para niños, como en el siglo XVI el gran catecismo de Canisio. Cualquier lector católico medianamente instruido en su fe reconoce a la primera lo que se echa de menos en la exposición y lo que no está tan bien logrado. Por lo demás, unas anotaciones breves indican hacia el final del libro, las divergencias doctrinales entre las diversas confesiones cristianas. Max Thurian no es amigo de posiciones ambiguas. Sería bueno imitarlo aquí haciendo notar al menos los principales puntos de discrepancia para no dar lugar a equívoco alguno.

Principales puntos de discrepancia

El capítulo de la segunda parte que trata de la Ordenación, habla en general de los sucesores de los Apóstoles, (aunque no precisa del todo el modo

de la sucesión apostólica), así como de su autoridad en la Iglesia visible; pero no se dice nada en concreto del Sucesor de Pedro, el jefe de los Apóstoles.

Consagra un bello capítulo a la Virgen María y a la Encarnación. Afirma su plenitud de Gracia, pero nos advierte en una nota final, que las Iglesias nacidas de la Reforma no admiten ni el dogma de la Inmaculada Concepción ni el de la Asunción; y el texto del capítulo que habla de María figura de la Iglesia dice que "en su maternidad única de Hijo de Dios, Ella manifiesta a la Iglesia su vocación de madre de los fieles", lo cual no concuerda exactamente con la maternidad espiritual que le reconocemos todos los católicos.

Interpreta el artículo del Credo "descendió a los infiernos" como una predicación del Evangelio a aquellos que murieron sin haber conocido, antes o después de su venida, a Cristo.

En dos notas hace referencia a la doctrina católica acerca del Purgatorio y del Infierno, y cita el Catecismo de 1933, para uso de las diócesis de Francia. (Quizás no sea tan feliz, en obra como esta, seria y de altura intelectual, referirse por comparación a otra obra de distinto género, ciertamente meritoria, pero que fue concebida para los párvulos y consiguientemente redacta-

da en términos al alcance de su entendimiento infantil).

Fuera de esto, el católico puede hallar en estas páginas algunos méritos fundamentales, que sin desorientarle, renueven aquí o allá su punto de vista, y que le ayudarán a una más profunda inteligencia de su propia fe.

Habituado tal vez a toda una literatura de antítesis, por poco que haya leído o que recuerde, verificará gustoso, la existencia de un carácter totalmente opuesto. Ya se trata aquí de la Gracia y de la libertad, de la contemplación y de la caridad fraterna, de la justificación por la fe y de la santificación interior, del acto redentor por sustitución y de la vida del cristiano redimido en Cristo, o incluso de la unicidad de la Revelación cristiana y de la acción de Dios omnipresente en el seno de la humanidad, como del Amor y de la Verdad de los que se trata ya en el mismo título, los dos aspectos de la doctrina se armoniza y se fusionan en equilibrada síntesis.

Lo mismo, el capítulo sobre el Pecado Original reúne juntamente una mirada muy crítica a la naturaleza de los textos bíblicos y una firme aseveración de la historicidad del primer pecado y de sus consecuencias.

Al mismo tiempo que se exalta el matrimonio cristiano, se justifica sólidamente el celibato en el cristianismo, en sus tres principales significados: prácticos (libera para servir a Cristo), interior (favorece la vida contemplativa), escatológico (anuncia el Reino de Dios).

En cuanto a la doctrina sacramentaria, su pensamiento se acerca mucho al de la Teología Católica más clásica, mediante fórmulas a veces divergentes. Se reconocen “dos sacramentos mayores” en el Evangelio; pero los otros cinco son igualmente reconocidos como “actos sacramentales”, y cuasi emparentados con los dos primeros. Incluso se realiza la idea misma de Sacramento. La Eucaristía se define como “el sacramento, o la presencia del sacrificio úni-

co, que continúa hoy día en la Iglesia la aplicación de la salvación, la comunión con Dios, la intercesión de Cristo”, y en lo que había antes de la Consagración del pan y del vino, la fe reconoce “una nueva realidad sustancial”, es decir, el Cuerpo y la Sangre de Cristo objetivamente presentes en la Comunión, y que llegan realmente, —para su santificación o para su condenación,— a todos cuantos comulgan. Únicamente falta la afirmación de la presencia real permanente después de la acción sagrada y de la Comunión. Se expresan bien las relaciones entre la Iglesia y la Eucaristía en la fórmula: “si la Iglesia hace a la Eucaristía, la Eucaristía hace “a la Iglesia”, en la cual, podemos decir, se condensa una muy rica tradición jamás interrumpida.

Respecto al capítulo de la Confesión, empieza con esta bien definida declaración, “el ministerio de la Absolución forma parte de la misión de los apóstoles y de la Iglesia”.

Los cuatro primeros capítulos, un breve tratado de teología fundamental

Los cuatro primeros capítulos del libro constituyen un “tratado de teología fundamental”, que será interesante comparar muy pronto con la constitución conciliar que se está preparando sobre la Revelación. Se estudian sucesivamente en ellos, el lugar de la Verdad, es decir la Sagrada Escritura, el medio de la Verdad, o sea la Tradición, y finalmente la adhesión a la Verdad, es decir la Fe. Porque la “Verdad, la Palabra de Dios revelada en la Sagrada Escritura, leída y proclamada en la Iglesia Universal, entendida y profundizada por la Tradición se recibe por medio de la Fe de la Iglesia y del cristiano”.

Subrayamos estas últimas palabras, que con toda razón nos advierten que “la Fe no es un acto puramente individual”; “es ante todo la Iglesia, como comunidad, la que cree en el Señor”.

Advirtamos también que por grande que sea el lugar concedido a la Sa-

grada Escritura, se explica maravillosamente "que la religión cristiana no es la religión del libro" y que la fuente de la Revelación debe colocarse en Jesucristo, "Palabra de Dios encarnada".

Aun cuando no todas y cada una de las palabras de estos capítulos dan siempre el sentido exacto, o no tengan el matiz preciso que les daría un teólogo católico, en su exposición, el conjunto tiene una plenitud pocas veces alcanzada en tema semejante.

Una sólida sencillez

Pero hay otro mérito en la obra más fundamental todavía, o si se prefiere más elemental y es que ninguna exigencia que sea básica para la Fe y la vida cristiana ha sido sacrificada ni puesta con esfumino. Todo transpira aquí una sólida sencillez.

En Max Thurian no hay apego alguno a su hábito o a sus esquemas heredados de antaño, que paralice o en cierto modo entorpezca la decisión de

"vivir el hoy de Dios" como tampoco ningún vestigio más o menos secretamente nutrido en modas efímeras; no se intimida ni sufre el vértigo ante el presentimiento de la incredulidad y la incomprensión que han de venir.

La actitud cristiana, tal y como la describe, especialmente en los capítulos de la tercera parte, es completamente positiva. Cada uno de estos cortos capítulos de inspiración evangélica y paulina, es para ser meditado. Podría discutirse tal o cual pormenor; pero el conjunto de retrato allí trazado es perfectamente el de un cristiano fiel a su Señor, respetuoso de todos, amante de sus semejantes y cuyo comportamiento deja translucir su vida, que es la vida en Cristo Jesús.

Séame lícito terminar con un voto: que el ejemplo de Max Thurian, por la sana emulación, suscite una obra análoga, de idéntica calidad que esta "sencilla exposición de la Fe", y cuya plenitud católica nos deje plenamente satisfechos.

